

DOS DIAS NEGROS



La brigada de salvamento saca a uno de los mineros muertos, uno de los once que perecieron a causa de una explosión de grisú en la mina de Hulleras de Turón.

LOS ONCE MUERTOS DE TURON

DE nuevo el viejo infierno del grisú en la mina. Y esta vez once hombres muertos. La tragedia sobrevino el lunes, día 14, a poco de comenzar las labores el primer relevo, en la mina «Santo Tomás», cerca de Turón. De pronto, se produjo la onda expansiva del grisú y toda la capa número doce estalló, derrumbándose. Allí estaban Luis Flórez García, ayudante de barrenista; Celestino González, vigilante de segunda; Félix González, ayudante de barrenista; Francisco Lobeto, picador; José Antonio López, vagonero; Rafael Alonso, picador; Juan Díaz, picador; Manuel Vázquez, caballista; José Martínez, vagonero; Manuel Granda, vagonero; Adriano Augusto, picador, y Valentín Suárez, barrenista. Sólo este último pudo salir con vida. Cuando se produjo la explosión, la galería se derrumbó. «Ardía el polvo. Creo que vi arder el aire», dice Valentín. En todo **SIGUE**



Un superviviente: Benjamín Prieto. Salvó la vida por haber cambiado de puesto ese día. Abajo, dramático entierro; los féretros fueron llevados por compañeros.



DOS DIAS NEGROS

el valle del Caudal sólo cinco hombres, sumando a éste, pueden contar lo que es una explosión de grisú. Y todos ellos salieron de la mina con la carne negra por las quemaduras. Al poco de ocurrir el hecho, la angustia se extendió por toda la cuenca minera. En seguida se organizaron los trabajos de salvamento, pero ya se sabe que cuando interviene el grisú las esperanzas se reducen al mínimo. Unos días antes, en otro pozo, habían quedado sepultados cuatro mineros a causa de un derrumbe. Eso es

otra cosa. Los cuatro fueron rescatados con vida. El grisú no perdona. Los mineros repiten una negra estadística aprendida durante años: «Un hombre muerto por cada 100.000 toneladas de carbón». Los trabajos de salvamento duraron hasta media tarde y los cadáveres fueron extraídos. Uno a uno fueron alineados en la tierra. Si el grisú es mortífero no lo es menos el rastro de óxido de carbono que deja después de haberse quemado. Valentín Suárez había ganado su vida dos veces. Entre todos los muertos, deja-

ban veinte huérfanos y seis viudas.

Setenta y cinco mil personas asistieron al entierro de los mineros de Turón, que presidieron las autoridades con el director general de Ordenación del Trabajo, a la cabeza. Ciento diecisiete coronas de flores naturales eran conducidas, por compañeros de las víctimas, tras la larga fila de los once ataúdes. El silencio se combó sobre el cortejo como una lámina metálica.

F. M. C.

(Fotos: CIFRA)



También el pájaro salvado por uno de los miembros de rescate, murió dentro de la mina a causa de la explosión.

LA TRAGICA FIESTA DE GUIJUELO



A los cinco minutos de caer el último novillo de la tarde, explotó el almacén de jamones y voló el edificio de tres plantas.

RECORRER estas carreteras largas de Castilla, tendidas bajo el sol, es para uno como beber un amargo cáliz. Y no es posible consolarse con el paisaje, porque es en él donde más se siente la lenta agonía de estas tierras. Pero no es ésta la noticia, que se cae ya de puro vieja, sino la reciente muerte de trece personas y el luto de un pueblo.

De Piedrahita a Guijuelo los pueblos son humildes; en las exiguas eras apenas levantan un metro las parvas de trigo y cebada. Escasas tierras de labor, entre peñascales. En algunas rastrojeras todavía quedan haces de mies, segada a mano. Cuando se siega a mano se apura hasta la última espiga, se ata la cosecha en brazadas y esto es síntoma de pobreza. También el heno se apila cuidadosamente en torno a varales, formando husos, y la base se protege con cercos de piedra. Las encinas se agarran a este suelo atormentado, que termina en un horizonte de sierra bronca y pelada en grandes extensiones. Durante muchos kilómetros la carretera es sólo para nosotros. Un muchacho —tal vez soldado en permiso o emigrante— camina procurándose sombra con la maleta de cartón que lleva al hombro. Se dirige al pueblo próximo a coger el autobús que le llevará a Avila. Al acercarnos a Guijuelo la vegetación es aún más silvestre. Crecen moreras entre encinas y peñascales. **SIGUE**



El descubrimiento de los sepultados se hizo desesperadamente, entre una nube de polvo y de gas. La fiesta de Guijuelo, la Patrona del pueblo, se trocó en duelo.



DOS DIAS NEGROS



La vuelta del cementerio. Todos los años, al llegar la Patrona, surgirá el recuerdo de la tragedia. Para muchas familias de Guijuelo no habrá fiestas de Agosto.

Sin embargo, Guijuelo es, después de estos pueblos, un alivio. Tiene ese buen aspecto de las construcciones de dos y tres pisos. Junto a la carretera que lo cruza hay un comercio abundante, ferreterías, tiendas de paños y calzado, sucursales de banco, terrazas de bar («El Imperio»). Es el centro comercial de una veintena de pueblos salmantinos, y en sus silos se recoge la cosecha de la comarca, aunque aquí no existe prácticamente agricultura. En Guijuelo se habla con un cierto despegue de la agricultura, porque éste es un pueblo industrial. De padres a hijos se han transmitido el oficio de la chacinería, en la que han conseguido una calidad incomparable. Los jamones y embutidos de Guijuelo llegan a todos los mercados de España. En las aceras, una casa sí y otra no, pueden verse las trampas metálicas, las bocas de los sótanos donde se cura el jamón. Sirven para ventilar las bodegas y se cierran herméticamente los días en que se desinsecta. Una de estas bodegas, en período de desinsectación, explotó el día de la Asunción.



trece muertos

—La Virgen de Agosto. Precisamente el día de la Patrona del pueblo. En fiestas, precisamente.

—Y menos mal que no ocurrió durante la procesión, por la mañana.

—O un poco más tarde, a la hora del baile.

—O si el Linares mata bien y salimos todos un poco antes de la plaza.

La muerte del toro fue lenta. A Vicente Linares le falló el pulso. Alguno gritaba ya: «Mátalo, mátalo de una vez». Siete pinchazos aguantó el novillo, y la gente comenzó a abandonar la plaza. A los cinco minutos de caer el novillo se oyó una explosión atroz. Retemblaron todos los cristales del pueblo. Cerca del Ayuntamiento, casi en la embocadura de la Plaza Mayor, cerca del baile, había volado, entera, una casa de tres plantas. Los escombros sepultaron los ocho mil jamones del almacén y colmaron la calle hasta una altura de metro y medio en algunos puntos. Quedaron enterradas **SIGUE**



Los coches aparcados en la calle Alfonso XII quedaron totalmente aplastados por los bloques que hizo saltar la explosión de la «bobolina» (según ciertas hipótesis).

las personas que pasaban cerca y los coches aparcados. Trece muertos y otros tantos heridos graves.

Guijuelo no sabe hablar de otra cosa. Todo se refiere a la desgracia. Oigo en la calle:

—¿Qué tal se vive, señora María?

—Pues ya ves; de milagro, hijo, de milagro.

Las descripciones de las muertes son homéricas: un bloque de cemento le separó la cabeza del tronco... estaba sentado en el bar «Manolo», y un cascote le arrancó la nuca... se encontró a un matrimonio abrazado bajo las piedras... acababan de soltar la carta en el buzón cuando les sepultó la nube de piedra.

El alcalde declaró de luto los dos días de fiestas. En los bares se bebe y se comenta: «pudo ser peor», dicen para consolarse. A la hora del telediario, los que están sentados en las mesitas, en la calle, se acercan al receptor en silencio. Se vuelve a vivir el doloroso entierro de la mañana y, de nuevo, unos se acodan en la barra y otros vuelven a las mesas. Se cuentan unos a otros lo que todos saben de memoria. Un muchacho pone la copa en el mostrador, y grita: «Basta ya, basta». En otro bar, un sereno hace números: «Unos con otros, niños con viejos y jóvenes, puede establecerse una media de cuarto de millón por muerto. Total,

unos tres millones de indemnizaciones. Que el almacenista tiene dificultades para pagar a los fabricantes, pues que esperen los fabricantes». Los cierres de los bares son tristes.

proceso a la «bobolina»

—No sabíamos que estábamos viviendo encima de un polvorín —me dice el alcalde—. Siempre se había empleado la «bobolina» para desinsectar y jamás había pasado nada.

La «bobolina» es un gas líquido explosivo. Lo dice la etiqueta de las botellas, por eso los almacenistas, después de ponerla en cazuelas, repartido por el suelo, cierran herméticamente puertas y ventanas y pegan sobre las juntas y rendijas papeles de periódico. A los tres días se abren puertas y ventanas y ya el gas ha matado el piojillo que ataca a los jamones. ¿Cómo pudo explotar el almacén de la calle Alfonso XII? Se aventura la hipótesis de un derrumbamiento de la casa, ya vieja, deshabitada desde la guerra; un derrumbamiento pudo hacer explotar el gas. O bien alguien pudo arrojar

una colilla junto a un escape. Quizá un cortocircuito.

El día 17 se encontraron entre los escombros dos cápsulas. La gente comenta que se trata de cápsulas explosivas. El alcalde lee la noticia en los diarios de Salamanca y grita en el despacho de la alcaldía: ¿Quién ha podido dar esta información? ¿Quién ha mandado esto? Y se pasa la mano por la frente.

En la calle un guardia civil nos muestra la dos cápsulas. «Se trata, según dicen, de cápsulas utilizadas en un viejo procedimiento de fabricación de bebidas carbónicas. Vamos a telefonar al juez de instrucción».

No obstante, será preciso demostrar que la «bobolina» tiene un efecto destructor suficiente para volar una casa de tres plantas. Será preciso procesar a este desinsectante, inventado por el señor Bobo, que se fabrica en Tejares, Salamanca, y que hoy utilizan todos los almacenistas de jamones.

guijuelo, otros problemas

Tres sucursales del banco —el Coca, Santander y Español de Crédito— y corresponsalías de



Guijuelo, pueblo industrial, comercial, centro de una comarca, ha quedado sobrecogido después de la desgracia del día quince

DOS DIAS NEGROS



Guijuelo tiene tres mil quinientos habitantes y un censo laboral de seiscientos obreros repartidos entre la industria chacinera y la construcción, y un centenar de fabricantes y almacenistas de embutidos y jamón que surten a todos los mercados de España; la agricultura no existe prácticamente en este pueblo salmantino de buena traza.

otros muchos indican que en Guijuelo corre el dinero. He dicho que se trata de un pueblo industrial —600 obreros sobre tres mil quinientos habitantes—, pero debo añadir que es el más cualificado de los centros chacineros de España. Ochenta fabricantes y veinte almacenistas se reparten la fabricación y puesta en el mercado de 200.000 jamones al año y cerca de medio millón de kilos de embutido. En los mataderos de Guijuelo se sacrifican unos cincuenta mil cerdos y se importan otros tantos. El ganado que se cría aquí es poco; lo traen de Extremadura y de otros pueblos de Salamanca. En los cebaderos se reciben unas diez mil cabezas.

Esta industria estaba, y aún funciona en gran parte, a un nivel artesanal. Son pocos —unos treinta— los mataderos que disponen de cámaras frigoríficas que permitan matar durante todo el año. El matadero municipal no tiene cámaras de frío. Recientemente se les propuso a los industriales la agrupación en una cooperativa. Después de varias reuniones se rechazó la iniciativa, a pesar de las ventajas económicas que acompañan la constitución de una cooperativa. Se prefirió la fórmula más flexible de la sociedad anónima, aunque también la más ventajosa para los industriales fuertes, que podrán controlarla. En sociedad anónima se va a construir un matadero con cámaras frigoríficas, gracias al cual podrá regularse el mercado y acrecentar la producción. El censo



Los fabricantes y almacenistas de Guijuelo ponen en el mercado español unos doscientos mil jamones y más de cuatrocientos mil kilos de embutidos anualmente.

laboral podrá aumentar y disminuir el número de obreros eventuales, hoy abundantes.

Otra de las pérdidas debidas al régimen artesanal en que se trabaja, es el desecho de los subproductos. Actualmente, todo el tocino de la producción del año está detenido. Los chacineros de Guijuelo y de otros pueblos salmantinos esperan que se comience a construir la planta de reconversión de los sobrantes del cerdo; en esta planta —que será instalada en Salamanca o en Guijuelo— podrá convertirse el tocino en aceite.

Este es el porvenir inmediato de Guijuelo, después de estos días de pesadilla. Después de este verano, su Colegio Nacional recién estrenado, acogerá a los 150 muchachos de bachillerato elemental. Pasarán los días. Sin embargo, durante años y años no habrá fiestas de la Virgen de Agosto para algunas familias de Guijuelo. Participarán tan sólo en la procesión y cuando ésta pase junto al solar de la desgracia, las lágrimas volverán a saltar, aunque cada año con más blandura. El llanto dejará de ser desgarrado y a empellones, como el de estos días, será manso y lento o invisible, como éste que uno tiene al atravesar Castilla, cuando vuelve los ojos hacia los pueblos humildes, hacia las escasas tierras de labor, mal arañadas, mientras pasan los chopos de la carretera, en procesión fugaz, contraria a Madrid.

C. ALONSO DE LOS RÍOS

(Fotos: GIGI CORBETTA y CIFRA)